

----- Perder o ganar la vida -----



- Algunas palabras de Jesús son tan radicales que los discípulos las oyen sin alcanzar a comprender su alcance. Esto es lo que sucede cuando les dice: *el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mi causa la salvará* (Lc 9, 24-25). Dichas de camino no revelan su hondura, es a la luz de la pasión de Cristo y de su resurrección cuando se comprende su verdad. Pues no es extraño que vivamos como si no hubiera muerte y como si no hubiera resurrección, como si solo existiera este bienestar que hemos alcanzado o que queremos alcanzar y que no queremos perder a ningún precio.

- En la Pascua de Jesús llegamos a comprender que somos peregrinos, que estamos de paso, no para despreciar lo que este mundo -de parte de Dios- nos da, sino para relativizarlo sabiendo que solo es definitiva la *causa* de Jesús, el amor. *¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?*
- Cuando alcanzamos a comprender que en Cristo está la verdadera vida encontramos la paz que él ha venido a traer, que no es como la que el mundo da (confianza ingenua en que nuestra fuerza y nuestros bienes podrán sostenernos). Es el amor el que no pasa, el que se sostiene en las mismas manos de Dios, aunque vivirlo cause heridas que parecen matar nuestra vida.

Durante la pascua habremos de escuchar repetidamente de boca del Señor resucitado: *No tengáis miedo, yo he vencido al mundo,* y aprender a compartir y disfrutar los caminos del amor.

Oración común: Jueves, 18 de Abril (20'30), en San Andrés

-----Arciprestazgo de Zamora-ciudad-----
-----Centro Teológico San Ildefonso-----

No está aquí, ha resucitado...

Volved a Galilea...

En el anuncio de la resurrección los discípulos son enviados a Galilea a redescubrir el camino de Jesús: *Recordad lo que os dijo estando aun en Galilea,* dice el ángel.

Habían escuchado todas las palabras, habían visto todos los gestos, habían recorrido todos los caminos... pero era necesario escuchar, mirar, caminar desde una perspectiva que antes no tenían.

Ahora, desde el final del camino, la historia de Jesús aparece cimentada, muestra toda la fuerza y toda la verdad que contenía y no había sido percibida por los discípulos sometidos a los deseos humanos, demasiado humanos de su corazón. No era posible entregarse del todo a Cristo sin la *fuerza de su resurrección*, que tanto buscará Pablo más tarde (Fil 3, 10).

Te proponemos que a lo largo de la Pascua releas tu relación con Cristo desde su presencia resucitada. Que vuelvas sobre los pasos que vienes andando con él y los revises a la luz de su renovada presencia y fuerza de vida. Tu jaculatoria apropiada para este tiempo podría ser: *Tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre, Señor.*



Pasos a seguir en la oración

- Cada día añade a tus diálogos con Dios la meditación de alguna de estas reflexiones intentando concretar su significado en tu vida. No te importe repetirlas, hay mucho que aprender.
- Antes de empezar dirígete al Señor diciendo: *Dame, Señor, la fe que necesito y no dejes que la tiniebla oculte la luz de tu verdad.*



¿Para quién es la mesa del Reino? -----

- Lc 15 presenta tres parábolas con las que Jesús responde a la crítica de los que le acusaban de degradar la justicia de Dios ofreciendo su misericordia a los pecadores públicos.
- Los discípulos alguna vez pudieron pensar también lo mismo. Un día les preguntaron: *¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos y pecadores?* (Mt 9, 11), y tuvo que ser Jesús quien contestara por ellos. Quizá a nosotros nos pasa lo mismo, no es claro que, aplicada a algunos, la misericordia en Jesús nos parezca buena.
- Con la pasión de por medio los discípulos descubren su mediocridad, su traición, su abandono, su pecado. Y con la nueva invitación a su mesa de Jesús resucitado comprenden del todo las palabras de Jesús: *no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores para que se conviertan.*

¿Qué sería de nosotros sin esta misericordia excesiva de Dios que con la resurrección de Jesús llega a todos los momentos de la historia y a todos los hombres, en especial ahora a los que se creían justos y tienen que agachar la cabeza avergonzados?

----- ¿Cuál es la semilla que crece? -----

- Cuando Jesús contó la parábola del sembrador (Lc 8, 4-15), la vida del Reino parecía sobreponerse a la falta de terreno fértil. con su muerte, sin embargo, los discípulos conocieron de verdad el poder de un terreno agostado por el pecado del hombre.
- La semilla sembrada pareció perdida, la verdad de la parábola contradicha, pues el terreno de la historia es siempre angosto. Pero con la resurrección los discípulos conocen la verdad escondida. *Nada hay escondido que no salga a la luz*, había dicho Jesús, según Lucas después de la parábola. Ahora la verdad del mundo quedaba revelada. El terreno que no recibió la semilla quedaba baldío, y la semilla muerta empezaba a dar una cosecha *del ciento por uno*.



- Tentados por la presión de los bienes del mundo era y es difícil confiar en la palabra de Jesús. A la luz de su resurrección vemos el reverso verdadero de la historia y somos llamados a hacer de nuestras vidas terreno acogedor de la única semilla que siembra en nosotros la vida verdadera.

¿Nos dejaremos engañar por los afares vanidosos y egoístas de la vida o sabremos vivir todo como lugar donde Cristo haga crecer su vida para la alegría presente y futura de todos?

----- ¿Cómo creer si no hay milagros? -----

- A los paisanos de Jesús no les bastaba con los milagros que habían oído. Querían tener su parte en los beneficios del poder de Jesús (Lc 4, 14-30). ¿Para qué un Jesús mesías que no resuelve los problemas? Si ha ayudado a otros, ¿por qué no a nosotros?
- ¿No se preguntarían los discípulos, como nosotros, alguna vez lo mismo? Ahora después de la pasión los discípulos han visto cómo Jesús se entregó a la vida en la profundidad de su impotencia con la confianza puesta en Dios. Él, que había visto cómo la efervescente vitalidad de Dios salía de sus manos sanando a otros, confía en esta vitalidad que Dios hará brotar en él en su momento.
- Los pequeños milagros que se cruzaron en el camino de los discípulos eran para abrir su confianza en la potencia de vida de Dios. Ahora, a la vista de la resurrección, la fe debe adentrarse sin miedo en las profundidades abismales de la debilidad de la vida hasta que esta sea colmada por Dios.

¿Quién se atreverá a pedir milagros contemplando con verdad a Cristo crucificado? Pero ¿quién desesperará al verle Señor de la vida y de la muerte, atado por amor y para siempre a nuestra humanidad?

